B. Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

LA PACIENCIA

Virtud de las almas grandes

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo,44
41003-SEVILLA

ISBN: 84-7770-156-3
D.L.: Gr.201-2001
Impreso en España
Printed in Spain

PRESENTACION

La virtud de la paciencia es propia de las almas grandes. Como todos tenemos multitud de defectos que molestan a nuestros prójimos, es preciso que sepamos tolerarlos mutuamente, porque, como dice Kempis, "nadie está exento de tales defectos y molestias, nadie se basta a sí mismo, nadie es bastante sabio para gobernarse por sí sólo, sino que es necesario que nos soportemos, consolemos, ayudemos, instruyamos y amonestemos unos a otros".

Cuando nos ofenden e injurian, si nos armamos de la virtud de la paciencia y sabemos sufrir con moderación y dulzura, damos un ejemplo propio de almas bellas, grandes y elevadas.

"Dais prueba de gran virtud, si no respondéis a una ofensa con otra ofensa, dice San Isidoro; manifestáis una gran fuerza de alma, si perdonáis al ser ofendidos; y adquirís una gran gloria, si perdonáis a un enemigo a quien pudiérais dañar". "Lo propio de un alma fuerte es despreciar las injurias, dice Séneca; lo propio de un hombre vil y miserable es injuriar al que le ha ofendido...".

La paciencia es un verdadero poder. Dios es omnipotente, porque es pacientísimo. La ira y la impaciencia son una señal de impotencia y debilidad... lo que pre-

tendo en este pequeño libro es dar a conocer la necesidad que tenemos de la virtud de la paciencia, cual sea su excelencia, sus bienes, sus ventajas y cualidades que debe tener para ser buena, y terminemos reconociendo, como dice también Kempis, que "al tiempo de la adversidad es cuando mejor se descubren en cada uno sus grados de virtud".

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 7 de octubre de 1.988

NECESIDAD DE LA PACIENCIA

La paciencia es una de las virtudes más necesarias en la vida cristiana por ser muchas las adversidades, trabajos y padecimientos que todos tenemos que sufrir en este valle de lágrimas.

La paciencia es "la virtud que inclina a soportar sin tristeza de espíritu ni abatimiento de corazón los padecimientos físicos y morales", es decir, la paciencia es una virtud que nos dispone a soportar los males de esta vida sin tristeza, sin turbarnos o intranquilizarnos interiormente, ni pronunciando exteriormente palabras o ademanes menos decorosos o convenientes.

Todos, en el orden físico, tenemos enfermedades, trabajo agotador, dolores agudísimos, especialmente en la vejez y al fin la muerte con sus dolencias. Y en el orden moral, no faltan inquietudes, contratiempos, ingratitudes, hu-millaciones que nos vienen de los demás, injusticias, etc.

Dios sembró la tierra de sufrimientos después que el hombre pecó, y como ha dicho Juan Pablo II al hablar del dolor: Este "es un tema universal, que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografía".

En consecuencia: todos los hombres tenemos que sufrir, y por lo mismo nos es muy necesaria la virtud de la paciencia (Véase mi libro: "Problema del dolor").

Sin esta virtud estamos expuestos a dejarnos abatir por el desaliento y la tristeza y sucumbir en el camino del bien. ¡Cuántas almas pierden el mérito de sus trabajos y padecimientos por faltarles la conformidad con la voluntad de Dios!

La Escritura Santa dice: *"La paciencia "perseverante" os es necesaria para que haciendo la voluntad de Dios ganéis el premio prometido"* (Heb. 10,36).

"Si sufrís con paciencia las pruebas haciendo el bien, es una gracia ante Dios, a esto habéis sido llamados porque Cristo ha sufrido por vosotros, dejandoos un ejemplo para que sigáis sus pisadas" (1 Ped 2, 20-21).

Sin la paciencia no es posible dar un paso firme en el camino de la santificación...

"Sed pacientes con todos", dice San Pablo (1 Tes. 5,14). Todos tenemos constantemente necesidad de paciencia, porque todos la ejercitamos en la tierra. Como dice el mismo apóstol, *sufrimos pruebas y peligros en los viajes, en los ríos, por causa de los ladrones, entre los nuestros, en las ciudades, en la soledad y por parte de los falsos hermanos* (2 Cor. 11,26-27).

El mundo es un lugar de destierro, una tierra extraña, cubierta de malezas y espinas; habitada por las lágrimas y todas las miserias, las enfermedades y

la muerte. Todos los hijos de Adán son llamados a sufrir mil aflicciones diversas. Todos, pues, sin excepción, necesitan mucha paciencia: Como dice el apóstol: *"La paciencia os es necesaria"* (Heb. 10,36).

Paciencia infinita de Dios

Todos los santos nos han dado ejemplos admirables de paciencia; pero, siendo el mismo Dios el que nos ha dado mayores ejemplos, justo es que los tengamos presentes. Oigamos lo que nos dice San Cipriano:

"Esta virtud nos es común con Dios. De Él trae su principio, de Él se origina su excelencia y dignidad. La grandeza de esta virtud procede de Dios como de su autor, y lo que Dios ama debe amarlo el hombre. La divina majestad recomienda el bien que ama. Si tenemos a Dios por Señor y Padre, imitemos la paciencia de nuestro Señor y, al propio tiempo Padre; porque es muy justo que los siervos sean obedientes y que los hijos no degeneren de sus padres.

Ve Dios la tierra llena de ídolos y blasfemias y, sin embargo, continúa haciendo salir el sol y repartiendo las estaciones sobre buenos y malos. Puede castigar y espera, porque no quiere la muerte del pecador. San Pablo, al recordarlo, nos amonesta: *"¿Despreciáis la riqueza de su bondad, paciencia y lon-*

ganimidad, desconociendo que la bondad de Dios te atrae a penitencia?" (Rom. 2,4).

Para que mejor podamos comprender que la paciencia es cosa de Dios y que todos los sufridos, pacientes y mansos imitan a Dios Padre, el Señor, cuando en su Evangelio nos dio saludables preceptos y cuando instruía a sus discípulos con sus divinas amonestaciones, dijo:

Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero Yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace salir el sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial (Mt. 5, 43-48).

Dijo, pues, y enseñó que para ser hijos perfectos de Dios, consumados y restaurados por la gracia celestial, necesitamos que la paciencia de Dios Padre permanezca en nosotros y que la imagen divina, que Adán perdió con su pecado, se manifieste y brille en nuestros actos. ¡Qué gran gloria es asemejarse a Dios y cuán grande felicidad contar entre las virtudes una que pueda equipararse a las divinas alabanzas!

Dios ciertamente es paciente con nosotros. ¡Cuánto tiene que aguantar Dios al hombre! ¡Cuántos beneficios le hace y cuánto desagradecimiento recibe por ellos! No le damos gracias por lo que nos da; y le exigimos imperiosamente lo que no es debido; y nos irritamos contra Él porque no satisface nuestros caprichos.

Todavía más: le desobedecemos, le ofendemos, y con qué pecados: blasfemias, sacrilegios, profanaciones. Aguanta para ver si el pecador se arrepiente y le perdona, pues *"Él hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia"* (Sab. 11,24), y mientras tanto sigue haciéndonos beneficios...

Jesucristo, modelo de paciencia

Jesucristo, el Dios hecho hombre, es el modelo supremo de paciencia. Él no sólo enseñó esta virtud de palabra, sino también la puso por obra. ¡Cuántas impertinencias hubo de tolerar por parte de las muchedumbres que le seguían, de los escribas y fariseos y hasta sus propios discípulos ignorantes, rudos, ambiciosos y llenos de miras y preocupaciones humanas! Con todos se mostró manso y humilde de corazón, incluso con el traidor Judas, a quien soportó con larga paciencia hasta el momento mismo de la traición.

"¡Cuán grande paciencia mostró en comer con el

enemigo, saber quién era el adversario doméstico y no darle a conocer públicamente al no rehusar el beso del traidor!". Sigamos el comentario hecho por San Cipriano:

Paciencia del Señor con los judíos: ¡Cuánta fue su benignidad y su paciencia en tolerar a los judíos, en favorecer a los ingratos, en responder con mansedumbre a los que le contradecían, en soportar con clemencia a los soberbios, ceder humildemente ante los perseguidores y tratar de congregar hasta en el momento de su pasión y de su cruz a los asesinos de los profetas y a los que siempre fueron rebeldes a Dios!

Paciencia del Señor en la pasión

"Durante la misma pasión, antes de que llegara la crueldad de la muerte y la efusión de sangre, ¡cuántos insultos y cuántas injurias escuchadas con paciencia! Soportó pacientemente los salivazos de quienes le insultaban el mismo que pocos días antes había dado vista a un ciego con su saliva (Jn. 9,6); sufrió azotes aquel en cuyo nombre azotan hoy sus servidores y ángeles al diablo; fue coronado de espinas el que corona a los mártires con eternas flores; abofeteado con golpes en el rostro el que da las verdaderas palmas al vencedor; despojado de su ropa terrena el que viste a todos con la vestidura de la

inmortalidad; mitigada con hiel la sed del que da los alimentos celestiales, y con vinagre el que propinó el licor de la salud.

El inocente, el justo, o mejor dicho, la misma inocencia y la misma justicia, fue contado entre los facinerosos; la verdad, oprimida con testimonios falsos; juzgado el que ha de juzgar, y la palabra de Dios llevada al sacrificio sin despegar los labios...

Todo lo soporta hasta el fin con firmeza y perseverancia, para que se consume en Él la paciencia total y perfecta. Después todavía recibe a los mismos que le crucificaron, si se convierten a Él, y con su saludable paciencia, lleno de benignidad y mansedumbre, a ninguno cierra las puertas de la Iglesia.

No sólo perdona sus pecados a los blasfemos y a los enemigos sus crímenes, sino que también los admite al reino celestial. ¿Puede imaginarse algo más paciente y benigno? Es vivificado con la sangre de Cristo el mismo que ha derramado su sangre. Tal es y tan grande la paciencia divina. Si no lo hubiese sido, la Iglesia de Cristo no contaría con el apóstol San Pablo".

Los padecimientos de Cristo pueden servirnos de gran ejemplo de paciencia... *"Él, en quien no hubo pecado y en cuya boca no se halló el engaño"*, siendo la misma inocencia, *"ultrajado, no replicaba con injurias, y atormentado no amenazaba"* (1 Ped. 1,22-23).

El profeta Isaías (c.53) dice cómo Jesucristo sufrió

con gran paciencia: *"Maltratado y afligido, no abrió su boca (para quejarse), como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores"*. Ciertamente apareció mudo ante los insultos, y sólo abrió su boca para pedir perdón por sus enemigos: *"Padre, perdónales que no saben lo que hacen"* (Lc. 23,34)...

¿Cómo se manifiesta la impaciencia?

Como todos estamos propensos a la impaciencia, tenemos que dominarnos mucho para no caer en ella. Podemos decir que muchas veces y de diversas maneras se manifiesta la impaciencia, por ejemplo, en las cosas que no nos salen como queremos, y así, cuando nos esforzamos por obtener algún bien permitido, fácilmente perdemos la paciencia si surgen dificultades o transcurre demasiado tiempo antes de que lleguemos a poseerlo.

También se pone impaciente el hombre porque a veces se retrasa la comida, o porque no encuentra a mano el calmante para su dolor, o porque no llega la carta cuando se espera, o porque no ha resultado la influencia como se quería, o porque hay que esperar mucho tiempo a una persona...

Como resultado, la impaciencia busca a veces sus víctimas, ya sea un hombre que realmente tiene la culpa de que las cosas no nos salgan como desea-

mos, o bien otro a quien queremos hacer responsable aun cuando no tenga arte ni parte...

¿Cómo debe portarse el hombre paciente?

Siendo la paciencia una virtud sumamente necesaria en la vida cristiana para vivir en gracia y más para progresar en la perfección por cuanto las pruebas y tribulaciones son frecuentes, he aquí lo que debemos tener en cuenta:

1° El hombre paciente debe estar dispuesto a soportar cualquier cruz y a este fin saber aguardar. Por ejemplo, se da cuenta de que si bien de manera justificada puede reprochar a otra persona que ha malbaratado su tiempo, este reproche sin amor puede significar ante Dios, en determinadas circunstancias, un mal más grande que aquel tiempo perdido.

La lentitud del prójimo pertenece a las cosas que debemos soportar por amor, como otras tantas particularidades de los hombres que nos molestan o irritan.

2° El hombre paciente debe tener presente la conciencia de su condición de criatura, pues sabe muy bien que es nada y que depende de Dios: que nada puede sin Él; que en toda obra y actividad está por medio la mano divina.

De aquí brota el convencimiento de que las cosas

saldrán más a gusto de Dios que al nuestro cuando Él quiera y no cuando nosotros queramos. Podemos poner nuestro esfuerzo y cuidado sumo, pero la voluntad de Dios es la que señala la consecución de nuestro anhelo o ideal.

3º El paciente debe tener una tenacidad inconmovible para conseguir el objetivo. Este objetivo debe ser el bien, o la virtud, o alguna empresa de la gloria de Dios. El paciente se mantiene siempre en la brecha; no importa que no consiga el efecto que desea y espera, porque sabe que en los planes de Dios no suele contar el tiempo ni importa que salgan mal las cosas: fracasos, humillaciones, etc., pues todo esto ocupa un lugar inferior en la escala de valores... Por eso la tenacidad brota de las dos anteriores actitudes.

Necesidad de una profunda vida interior

Esto es lo que necesita el paciente para mantenerse unido con Dios, pues la paciencia, como enseña Santo Tomás, no puede tenerse sin el auxilio de la gracia.

Además necesita cultivar mucho la humildad para saber superar siempre fracasos, humillaciones, y considerarse en todo momento como criatura dependiente de Dios (Véase mi libro: *"PARA SER SANTO, aprende a ser humilde)*.

Sobre todo necesito el cultivo de las tres virtudes

teologales. "La paciencia es fruto de la fe, de la esperanza y del amor".

1) "*La fe*, que nos enseña que Dios, el Señor absoluto, es también el Señor del tiempo; que Él es el único que puede regir sus instantes; que debemos depositar por entero en sus manos aun el éxito de las obras que le son agradables; que debemos creer en la posibilidad del éxito aun cuando desde el punto de vista humano no exista ninguna base para considerarlo así: que debemos trabajar para el reino de Dios aun cuando parezca un esfuerzo sin perspectivas favorables".

2) "*La esperanza*, que no conoce desmayos ni ante los fracasos ni ante la prolongada espera del éxito; que lo aguarda todo de Aquel para quien ninguna cosa es imposible".

3) "*El amor*, que ama la sagrada voluntad de Dios por encima de todas las cosas, y que en la viña del Señor no pleiteará con éste a causa de algún fracaso ni abandonará nunca la labor.

La especial dimensión de la paciencia que se llama tenacidad es, de manera principal, efecto del amor, de aquel amor que, según dice el apóstol, *"todo lo soporta, todo lo cree, todo lo acuerda, todo lo resiste"* (Von Hildebrand, *"Nuestra transformación en Cristo"*).

Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas (Lc. 21,19).

Una manifestación de la impaciencia es el desaliento, y es necesario esforzarse para no dejarnos dominar por él. Este fenómeno es corriente en almas que anhelan la perfección. Quisieran correr, llegar pronto, se entristecen cuando ven que a pesar de sus esfuerzos no llegan a donde pretendían y entonces decaen y va desapareciendo el deseo de seguir trabajando.

A su vez hay que luchar por no dejarse dominar por la tristeza porque ésta conduce a veces a la apatía. Este fenómeno es también característico en el apostolado. El que se entrega al servicio del prójimo para llevar las almas a Cristo, quiere ver el fruto de su entrega; si las almas no responden a sus esfuerzos, decae y va desapareciendo el deseo de seguir trabajando.

También en el pecador que se convierte a Dios y desea enmendar sus yerros puede presentarse este fenómeno de la impaciencia. No tolera que pasen varias confesiones con los mismos pecados que tan sinceramente desea combatir, y cree a veces, equivocadamente, que por sólo este hecho ya no hay salvación para él.

Frente a todos estos fenómenos de impaciencia hay que asentar un principio que regula la virtud de la

paciencia y que es como requisito sin el cual difícilmente se dará: tal es que el fruto vendrá cuando Dios quiera y como Dios quiera.

La impaciencia espiritual suele ser una forma solapada de orgullo, aunque cueste reconocerlo. Porque, si el cristiano se deja llevar de ella, se ha olvidado de la dependencia de Dios en todo, y más en lo que a su espíritu se refiere.

A la luz del principio dicho se iluminarán algunas realidades frecuentes en la vida del cristiano, y más si éste camina hacia la perfección, o se dedica al apostolado.

Ante todo hay obras que merecen toda nuestra atención y esfuerzo... Con una postura humilde y teniendo en cuenta la dependencia de Dios, intentaremos su realización armados de paciencia, es decir, sin abatirnos ni entristecernos, si el ideal no se realiza según nuestros deseos, porque no somos nosotros quienes debemos señalar los días y las horas de la realización de tales actos.

El progreso interior y la vida apostólica

- *El progreso interior*. Si uno siente la llamada de Dios a la santidad, es claro que debe entregarse completamente y al momento, como se entregaron los apóstoles Mateo, Pedro, Juan y Andrés, dejando todo inmediatamente que oyeron el "sígueme" del

Maestro. Esto no quiere decir que haya de realizarse inmediatamente la obra a la que Dios le llama, su transformación interior. Más aún, lo ordinario es que no se realice enseguida. Depende de Dios tal transformación, y Dios no procede por saltos.

Será, pues, corriente que, a pesar de nuestros deseos y nuestros esfuerzos, haya imperfecciones y caídas. Hay que saberlas aprovechar. Es necesario contemplarlas a la luz de Dios para humillarnos y levantarnos a Él.

Así nace la paciencia. Ser santo es entregarse a Dios. Y saber esperar a que llegue el momento de su realización es sumamente importante.

- *La vida apostólica*. De ella podemos decir algo parecido. Los que comienzan, por causa de su celo o cualidades que creen poder, piensan que transformarán pronto el ambiente que les rodea o conquistarán las almas que pretenden. También aquí se necesita la paciencia para comenzar.

La inquietud y angustia suele ser defecto de los jóvenes. Conviene tener presente que a la actividad apostólica debe preceder un momento de silencio. *Ejemplos*: el de Jesucristo, que se encierra en Nazaret y pasa treinta años oculto para predicar durante sólo tres. También el del apóstol San Pablo, que, después de oír el llamamiento de Jesucristo, se encierra durante tres años en el desierto de Arabia.

La hora de comenzar la empresa apostólica tiene

que señalarla Dios mismo. Por eso no conviene impacientarse por salir al apostolado, antes bien, con paciencia hay que saber esperar preparándose.

Más necesaria es aún la paciencia para esperar el crecimiento, teniendo presente que *ni el que planta es algo ni el que riega, sino únicamente Dios, que da el crecimiento* (1 Cor. 3,7).

El apóstol tiene que estar profundamente persuadido de esta verdad. Se dice de Santo Domingo que en los comienzos de su actividad vivió cuatro años entre los albigenses sin convertir ni uno sólo. Ni se descorazonó ni se impacientó por ello. Y no renunció a su labor. Al final de su vida, él y sus hijos habían convertido a más de sesenta mil.

Cualquier apóstol, si persevera en su trabajo, verá premiado su esfuerzo y paciencia con el fruto. Y si él no lo viere, puede estar convencido de que a su tiempo vendrá.

"Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas". La interpretación más elemental de este texto es que con la paciencia, con ese abandono en los brazos de Dios para aceptar cuanto Él quiera, salvaremos nuestra alma, es decir, acabaremos por triunfar de los enemigos que nos pueden hacer caer en el pecado. Otra interpretación más estricta: Con la paciencia santificaremos nuestra alma. Lograremos la perfección.

Mediante la paciencia se realiza un dominio y

señorío del alma sobre todas nuestras acciones y sobre todo cuanto venga del exterior.

La paciencia es como una manifestación externa de nuestra entrega e íntima unión con Dios. Siendo pacientes, dejamos que Dios obre en nuestras almas a su gusto y permanecemos siempre íntimamente ligados con Él. Y esto es la santidad; unión íntima con Dios.

Excelencia de la paciencia

Para reconocer la excelencia de esta virtud y las maravillas que obra, empecemos por recordar la lección dada por San Pablo en estas palabras: *"Hasta el presente pasamos hambre, sed y desnudez... somos abofeteados, afrentados y bendecidos: somos perseguidos, y lo soportamos: difamados y consolamos..."* (1 Cor. 4, 11-13).

¡Tales son los servicios que presta la práctica de la paciencia, y las maravillas que obra!... Cuando encuentre la paciencia cualquier injuria, hecha con la lengua o la mano, tendrá la suerte del dardo lanzado contra la piedra más dura, dice Tertuliano.

"Una onza de paciencia vale más que una libra de victoria" (Card. Belarmino). "Así como el arca de Noé se levantaba a medida que crecían las aguas del diluvio, el alma llena de paciencia se eleva a la medida que crecen las tribulaciones" (Gersón).

“Aquel cuya paciencia no puede ser vencida, prueba que es perfecto” (San Veda, el Venerable).

La paciencia nos hace perfectos de varios modos: En primer lugar, sufriéndolo todo y perseverando hasta el fin, la paciencia dota al hombre de virtudes consumadas, y se las conserva... Sin la paciencia no hay virtud; pues todas las virtudes son el resultado de ciertas pruebas, y la paciencia es necesaria para sufrir cualquier prueba. El apóstol Santiago (1, 3-3) nos habla de la paciencia, y ésta es la perseverancia en los sufrimientos: esta paciencia es la que produce una obra perfecta...

La paciencia nos hace perfectos, porque, semejante al tronco del árbol que sustenta las ramas, las hojas, las flores y los frutos, ella sustenta todo el peso del hombre y de sus virtudes, todo lo más pesado de la vida, las contradicciones, las penas, los sufrimientos, las humillaciones, las privaciones...

San Agustín compara la paciencia a un arpa, cuyas armoniosas cuerdas son las tribulaciones. En efecto, dice, todo acto de paciencia es un himno agradable a Dios; y romperéis el arpa si os dejáis abatir en las tribulaciones.

La obra por excelencia de la paciencia es el martirio, o sea, el acto más noble y más hermoso que el hombre pueda practicar con el auxilio de Dios...

Los labios de los mártires han florecido con palabra de amor hacia sus verdugos..., virtud tan heroi-

ca ha producido su fruto con la conquista para la verdad y el amor de quienes odiaban a Cristo y a los cristianos...

Manifestar paciencia sobre todo en las injurias, olvidarlas, perdonar y colmar de bienes a los que ponen a prueba nuestra longanimidad, es una obra verdaderamente real, o más bien divina. "Es propio de un gran corazón, dice Séneca, estar tranquilo y despreciar las injurias y las ofensas. Entregarse a los arrebatos de la ira es cosa de mujer". De este modo consideraban la paciencia los mismos paganos...

Santo Tomás enseña que en Jesucristo y en los justos la tristeza ha consistido en prever y sentir los males, pero no en turbarse por ellos.

¿Por qué el justo no se turba ni se aflige?

Las causas son:

1º.- El poco caso que hace de todas las cosas de este mundo... "Pensad, dice Isócrates, que nada de lo que pertenece al hombre es estable: así en la prosperidad, no os entregaréis a una alegría desmedida, ni en la adversidad a una tristeza excesiva".

2º.- El cuidado con que frena sus pasiones, manantial de los pecados, y por consiguiente de turbaciones... "Renunciemos voluntariamente a los bienes de la tierra, dice Tertuliano, pero defendamos los

que nos vienen del cielo. ¿Qué importa que el mundo perezca, si adquiero paciencia?".

3º.- La preferencia que concede a la paz sobre todos los demás bienes.

4º.- La convicción que tiene de que todo lo que posee está entre las manos de Dios y bajo el amparo de su Providencia. Descansa en la bondad y vigilancia del Padre común de los hombres.

5º.- La unión de su alma con Dios; y como Dios es inmutable e impasible, hace que sean también así los hombres pacientes y justos que a Él están unidos... "Nada es tan funesto como tener a Dios por adversario. Si viene a auxiliarnos, ni la desgracia, ni las asechanzas, ni nada podrá dañarnos..." (S. J. Crisóstomo). "La victoria que conquista ciudades es menos grande que la que conseguimos nosotros con la paciencia" (S. Greg. Magno).

Se necesita más fuerza para sufrir con paciencia las adversidades, que para hacer acciones brillantes; esto por tres razones, dice Santo Tomás:

1ª.- Porque las adversidades que nos acosan, nos parecen más fuertes que nosotros; en tanto que el que hace una acción heroica, la hace como teniendo poder, como siendo más fuerte que ella; y es más difícil combatir contra alguno que sea superior en fuerza, que contra un inferior.

2ª.- Porque el que resiste con paciencia las adversidades, siente los peligros de la lucha, mientras que el que ataca una ciudad, mira aún los peligros como lejanos; y es más difícil dejar de impresionarnos por los males presentes, que por los males venideros.

3ª Porque en las tribulaciones no hay tregua en el combate, mientras que un ataque a mano armada se verifica de repente, y ordinariamente no dura sin conceder algún descanso.

"No vengarse es ser semejante a Dios" (S.J. Crisóstomo). La paciencia, en todos los casos, es la señal característica de un alma grande.

Ventajas de la paciencia

Procura adquirir paciencia, porque es la más grande virtud del alma; adquiérela para llegar pronto a la cima de la perfección. La paciencia es el soberano remedio del alma, al paso que la impaciencia es el veneno del corazón" (San Basilio).

Bienaventurados los mansos, los pacientes, dice Jesucristo, *porque poseerán la tierra* (Mt. 5,4). Poseerán hasta las riquezas de la tierra, porque nadie piensa en suscitarles disgustos ni obstáculos... Además, el que tiene dulzura y paciencia, se contenta con lo poco que posee, lo que equivale a una fortuna. Pero la tierra que se les promete es sobre todo la tierra de los vivos, el cielo.

San Cipriano dice: "La paciencia nos recomienda

a Dios, y nos guarda para Él; ella es la que mitiga la ira, la que frena la lengua, la que dirige el entendimiento, la que conserva la paz, gobierna la disciplina, contiene el ímpetu de las pasiones, reprime la violencia del orgullo, extingue el fuego de la discordia, encierra el poder de los ricos y alivia las necesidades de los pobres.

La paciencia es el arma con que las vírgenes defienden su integridad, las viudas su laboriosa pureza, y los casados la indivisa caridad. Hace humildes en la fortuna, fuertes en la adversidad y mansos contra las ofensas.

La paciencia enseña a perdonar inmediatamente a los que no cumplen sus deberes, y, si eres tú el que prevarica, también te enseñará a orar con abundancia y firmeza. Asimismo rechaza las tentaciones, tolera la persecución y conduce a la victoria con los sufrimientos y el martirio...".

El hombre paciente, dice San Efrén, se deja dirigir por una gran prudencia. ¿Qué cosa más ventajosa y admirable? Está siempre alegre, tiene su esperanza en Dios, es extraño a todo acceso de ira, y todo lo sufre; no se irrita, no insulta a nadie, ni pronuncia ninguna palabra que pueda dañar. Si le dan una orden, obedece; si le vituperan, no se queja y se ejercita sin cesar en perseverar en la paciencia.

La prudencia del hombre que tiene paciencia, y la imprudencia del que no la tiene, se manifiestan: 1º,

en que el hombre paciente se presenta como dueño de la ira, y el impaciente deja ver que es su esclavo; 2º, callándose y conservando la serenidad, el hombre paciente es no sólo vencedor de su propia ira, sino de la ira del prójimo, en tanto que la impaciencia es esclava de ambos; 3º, con la dulzura y la moderación, el hombre paciente convierte muchas veces al hombre arrebatado, y le comunica su paciencia; el hombre iracundo, por el contrario, transforma algunas veces al verdadero paciente en verdadero furioso...

En los Proverbios leemos: *"El iracundo promueve contiendas, el que tarde se enoja aplaca las rencillas"* (15,18). "Nadie detiene tan fácilmente a un perseguidor como el que tiene paciencia" (S. Gregorio Nazianceno).

Oigamos a un poeta: "La fuerza, dice, gana muchas victorias; pero la paciencia gana muchas más. ¿Queréis ser impecables? Sed pacientes, y sabed conteneros. El mejor medio de castigar a los que ultrajan, es manifestarles paciencia. Esta virtud os ayudará a sufrir lo que no podáis corregir. La paciencia es reina del mundo".

"Hacerse superior a los ultrajes con la paciencia, es la más hermosa de las victorias" (S. J. Crisóstomo).

El hombre paciente no se inquieta por los ultrajes ni por las aflicciones; superior al mundo, fija su alma en Dios, y no se ocupa más que del cielo, que

ha de ser herencia suya (Ved "Tesoros" de C. Alápide).

Bienes de la paciencia

Para sufrir con paciencia tenemos que conocer los bienes que se consiguen de ello.

1º.- El sufrimiento sobrellevado con paciencia tiene *valor expiatorio*. Si unimos nuestros sufrimientos a los de Cristo, les damos un valor expiatorio. Expiamos con ellos nuestras faltas y pecados. Aunque se nos perdone la culpa, tenemos que pagar la pena del pecado. La pagaremos ciertamente en el purgatorio. Si los hombres sufrieran con paciencia las penas de este mundo, se librarían fácilmente del purgatorio.

Podemos también expiar los pecados ajenos. Nos asociaríamos a la obra de Jesucristo. Expiaríamos los pecados de nuestros parientes y de otras muchas almas. Nuestra expiación llegaría al purgatorio.

¡Qué sufragio tan eficaz el de nuestros sufrimientos! En virtud de la comunión de los santos, de esa unión que existe entre los cristianos que viven en el mundo y los que sufren en el purgatorio, nuestros sufrimientos aquí en la tierra aliviarían a los suyos.

2º.- Los sufrimientos llevados con paciencia tienen valor impetratorio. Son un medio muy eficaz para recabar de Dios las gracias que necesitamos para nosotros y de todos los demás.

Buena es la oración, pero cuando se unen la oración y el sacrificio, el corazón de Dios no puede resistir. Los sufrimientos llevados con paciencia rompen los lazos que nos sujetan a la tierra y hacen que el alma se eleve con más facilidad a Dios.

Cuando el hombre se convence por experiencia de lo que puede esperar de las satisfacciones de la tierra y de la conducta de los hombres, fácilmente aparta los ojos del mundo y los eleva hacia Dios.

Los sufrimientos llevados con paciencia son un gran apostolado. ¡Cómo edifica a todos el ejemplo de una persona muy atribulada que lleva con paciencia heroica sus padecimientos! Ese ejemplo es más eficaz que todas las palabras (P. Juan Rey. *LUZ. Meditaciones*).

Grados en la paciencia

En la paciencia, como en todas las virtudes, dice también el P. Rey, cabe mayor o menor perfección. Es paciencia sufrir con resignación. Someterse a la mano de Dios que hiere, sin murmurar, sin quejarse, ni rebelarse interiormente. La pasión protesta, pero la voluntad la hace callar. Es paciencia más perfecta el abandono en la voluntad divina. Se ofrece el alma a recibir lo que Dios la envíe.

Todavía hay una paciencia más perfecta: recibir con alegría los sufrimientos que envía Dios. Y todavía hay más perfección en la paciencia.

Agradecerle a Dios el sufrimiento, pues indica que Dios asocia al alma a la obra redentora de la cruz.

El grado más perfecto es lo que se ha llamado locura de la cruz. Es desear, pedir, alegrarse y gozar con el sufrimiento. Es la virtud heroica que han tenido los santos y que expresan en frases que se han hecho famosas.

"O padecer o morir" decía Santa Teresa. Y San Andrés: "Oh, cruz, por largo tiempo deseada, recíbeme en tus brazos y devuélveme a mi Maestro, que por mí murió". También San Lorenzo en su martirio dijo: "Ya está asado mi cuerpo, vuélveme del otro lado y come"...

Este fue el efecto que produjo en los apóstoles el Espíritu Santo. Aquellos hombres cobardes se presentaban alegres en los tribunales, porque eran considerados dignos de padecer por Jesucristo.

¡Que el Espíritu Santo nos enseñe esa locura santa de la cruz!

¿Cómo se han de soportar los defectos ajenos?

Con este título ha escrito el autor de la "Imitación de Cristo" un magnífico capítulo, que transcribimos y merece que reflexionemos sobre él.

"Lo que el hombre no puede corregir en sí mismo o en los demás, debe soportarlo con paciencia hasta que Dios lo ordene de otro modo.

Piensa que tal vez conviene esto para probar tu paciencia, sin la cual son de poco valor nuestros méritos.

Con todo, debes suplicar a Dios se digne auxiliarte con el fin de que puedas sobrellevar benignamente tales impedimentos.

Si alguno amonestado una o dos veces, no se enmendase, no porfíes con él, sino encomiéndalo todo a Dios, que sabe convertir el mal en bien, para que se cumpla su voluntad y sea glorificado en todos sus siervos.

Si no puedes hacerte a ti mismo cual quisieras, ¿cómo quieres tener a los demás a la medida de tu deseo?

Queremos que los demás sean perfectos, y no enmendamos nuestras faltas.

Queremos que se corrija severamente a los otros, y nosotros no queremos ser corregidos.

Nos desagrada la excesiva condescendencia con los demás, y no queremos que nos niegue nada de cuanto pedimos.

Queremos que los demás estén sujetos a la ley, y no permitimos que se nos reprima en lo más mínimo.

Así se manifiesta cuán pocas veces tratamos al prójimo como a nosotros mismos. Si todos fuesen perfectos, ¿qué tendríamos entonces que sufrir por Dios de parte de nuestros hermanos?

Mas así lo ha ordenado Dios, para que aprendamos a soportar mutuamente nuestras flaquezas..., porque no hay nadie sin defectos, nadie sin cruz, nadie tampoco que sea lo bastante sabio para sí...

Para ayudarnos a practicar con amplitud y generosidad esta excelente obra de misericordia, pueden sernos útiles algunas de las siguientes consideraciones de un autor anónimo (y que yo voy a transcribir del tratado de "Teología de la caridad" del P. Royo Marín).

Consideraciones prácticas

1º.- *El trato pacífico.* Parece que algunas personas obran por maldad. Pero ¿cuántas veces no es sino por temperamento, distracción, egoísmo, no pretendiendo otra cosa que su bien, sin pensar ni remotamente en el mal que me hacen? Y entonces, ¿por qué inquietarme? Basta precaverme.

Ceder, doblegarse, retirarse un poco, dejar hacer: he aquí la conducta ordinaria que debe seguirse, con los miembros de una familia o comunidad, cuánta más facilidad les dejes para creer o hacer lo que tienen por bueno, cuanto más abundes en el sentir suyo acerca de su importancia, más te concederán la paz y la facilidad de serles útil. Es admirable cómo las personas de casa, a quienes no molestamos, nos abren su alma.

No te ocupe demasiado el mirar las acciones de tus amigos en sus menudos detalles ni en los motivos que la impelen; si su manera de proceder no es delicada, aparenta no comprenderlo, o, más sencillamente, piensa que se han equivocado.

2º.- *Antipatía vencida*. Un medio seguro para vencer la antipatía que sentimos contra alguno o que nos tiene otro es hacer por él o decir de él algo bueno todos los días.

Un sabio muy distinguido indicaba este remedio, probado para curar completamente las antipatías: "Me encontraba en la academia –dice- con un hombre pequeño, de ingrata fisonomía, a quien no podía mirar sin que todo mi cuerpo sufriese un doloroso sobresalto. Para que él no se enterase de lo que su presencia me repugnaba, me veía forzado a volverle la espalda. La cosa iba haciéndose insoportable, porque el hombrecillo daba justamente en venir a la biblioteca, y me buscaba con el mismo empeño que ponía yo en escabullirme.

Pensando sobre el caso una mañana, me pareció haber encontrado un medio de curar mi antipatía, y aquella misma semana lo puse en ejecución con éxito completo.

Procuré, en efecto, hacer a aquel hombre un favor (de poca entidad por cierto), y él me manifestó su agradecimiento. Su semblante, animado por la gra-

titud, me pareció tan bueno y amable, que desde aquel día nunca le encontré sin experimentar un sentimiento placentero".

3º.- *Hay que dar*. El cristiano considera obligatorio dar; siempre se encuentra dispuesto a favor de todos; y sin embarazo, sin afectación, sin que se resienta el cumplimiento de sus deberes, hace mil sacrificios.

Si no puede dar dinero a los pobres, es para todos complaciente, lo cual es quizá más penoso y más meritorio que dar una moneda. Da su indulgencia, esforzándose por curar la llaga del alma, del corazón y de la reputación, con la misma compasión con que curaría las llagas del cuerpo. Da su tiempo, no rehusando sacrificar una hora de su reposo para ayudar a los demás y hasta para complacerlos. Se da a sí mismo, viviendo continuamente bajo la influencia de este pensamiento: "¿A quién podré hacer bien?"

Conoceis al buen cristiano en la facilidad con que podréis acercaros a él y en el instinto que os inclinará a dirigiros a él, más bien que a otro, cuando tengáis necesidad de un servicio. Él es quien en una calle, si os ve inquieto, irá a preguntaros sencillamente lo que buscáis. Él mismo os acompañará hasta la casa que no conocéis. Él, quien os cederá la acera, el ángulo del carruaje, el buen libro que tiene en la mano y sentís deseo de leer. Él, quien os dará

un consejo de paso, sin tener el aire, ni menos la pretensión, de saber más. Y en todo esto demostrará una discreción, un tacto, una expresión de alegría, que no solamente os dejará contento, sino que os infundirá deseos de "hacer como él".

4º.- *Para ser benigno.* Procura ser benévolo y tener la sonrisa en los labios aun cuando estés solo.

¿Se quiere que hagas una cosa? Cede sin manifestar mal humor, ni aun la violencia que tienes que hacerte. Contentarás y quedarás contento. Procura complacer, consolar, distraer, dar, agradecer, ayudar. ¡Es tan bueno esto! Haz bien a las almas de aquellos que están alrededor de ti; una palabra de compasión, de estímulo; una oración recitada por lo bajo.

Vence tu aversión y tu antipatía, no huyendo de aquella persona que se te acerca. Ve más bien a ponerte delante de ella; Dios va delante de ti. Acoge con amabilidad a ese importuno que te pide; Dios te lo envía.

No pienses mal de aquella persona culpable; compadécela y ruega por ella.

¿Por qué has de suponer malas intenciones contra ti? ¿No comprendes que ese pensamiento te turba y daña tu corazón?

Detén esa sonrisa burlona que está a punto de aparecer en tus labios; mortificarías a aquella persona que es motivo de ella. ¿Por qué causar pena a nadie?

5º.- *La amabilidad*. La amabilidad cristiana que tiene por divisa la frase de San Pablo: "Yo me hago todo a todos para atraerlos a Jesucristo" (Cf. 1 Cor. 9,22); que tiene por modelo al Niño Jesús, que crecía en gracia delante de Dios y de los hombres, y por protectora a la Santísima Virgen, invocada por la Iglesia bajo el gracioso nombre de Madre Amable..., la amabilidad es la caridad que se da, la humildad que se abate, la mortificación que se priva, la paciencia que soporta, la fortaleza que no se cansa jamás.

La amabilidad es el rayo del alma que hace asomar la sonrisa en los labios y la expansión en el corazón, como el rayo de sol hace abrir el botón de la rosa.

La amabilidad es la palabra dulce que reanima, que levanta, consuela y fortifica, como el rocío levanta, reanima y colorea la planta que se secaba.

La amabilidad es la gracia y naturalidad de las maneras, la paz del semblante, la benevolencia de la mirada que se transcribe y se comunica de un corazón al corazón de la familia, como el perfume de una flor se derrama sobre toda la pradera en donde aparece.

La amabilidad es de una naturaleza extremadamente comunicativa; al lado de una persona amable se vuelve uno amable.

La amabilidad no es una virtud aislada: o supone todas las virtudes, o los actos repetidos de amabili-

dad las producen poco a poco, y las conservan en el alma amable.

Para algunos, sin embargo, en el exceso se puede ocultar un peligro.

6º.- *El tacto delicado.* He aquí la persona amable, a la cual quiero parecerme. Ella procura adivinar mis gustos, mis intenciones, mis deseos, mis repugnancias; "identificarse en cuanto pueda conmigo".

Si mi voluntad no está dirigida por la razón, esta persona sonríe dulcemente y espera con calma un segundo deseo, que se modifica siempre bajo su dulce influencia.

Jamás me habla bruscamente. Su tono no es imperativo; su palabra no hiere; su respuesta nunca es picante. Jamás me contradice directamente. Jamás la sonrisa de la burla viene a hacerme comprender que he dicho un disparate o cometido una indiscreción.

Procura agradarme con su abnegación en las acciones, más bien que en las palabras. Repara, sin que yo lo sepa, mis olvidos, mis faltas, mis negligencias.

Pone orden en todo; es, respecto a lo que me rodea, lo que la primavera para la Naturaleza; es para mi corazón lo que el perfume y el suave calor para mis sentidos.

Me soporta sin dejármelo comprender, y me hace creer, no que soy perfecto, pero que "empiezo a serlo".

Y si, en el secreto de mi alma, procuro darme cuenta de lo que causa su amabilidad, descubro: la bondad, que la hace previsora; el amor del deber, que la hace sacrificarse; la piedad, que le impide aflojar y le da el tacto delicado; la caridad de Cristo, que le manda amar siempre.

7º *El buen recibimiento*. "Recibir con afabilidad a todos los que vienen a nosotros, y no dejarles ir jamás sin consuelo y sin paz". ¡Cuán poco costoso sería esto y cuán bueno!

La persona que se llega a mí con el fin de ser consolada o fortificada, es muchas veces enviada directamente por Dios, que le ha inspirado la idea de venir a mí más bien que a otro. Esa persona que viene a mí, va siempre acompañada de Dios, "que quiere ver si soy bueno" y que me trae una gracia especial con el fin de ayudarme a hacer lo que Él mismo hubiera hecho.

Ciertamente, Jesús en la tierra no hubiera dado siempre una limosna material; pero hubiera siempre acogido con paz, hubiera respondido con afabilidad y hubiera hablado con sencillez. De sus paabras, de su mirada, hubieran brotado rayos de caridad, compasión y alegría.

Se refiere de un santo que, cada vez que resonaban en sus oídos los pasos de alguno que iba a visitarle,

oía distintamente al ángel de su guarda que le decía: "Ahí está Dios; sé bueno".

8º *Aceite y vino*. El bálsamo del samaritano rara vez deja de producir su efecto sobre los miembros doloridos. "Un poco de aceite y un poco de vino", un poco de bondad y un poco de ánimo, ¡oh, qué bálsamo tan útil para las enfermedades del alma y del corazón!

A ese corazón agobiado, que se cree olvidado y despreciado y que se mantiene en el desvío, ¡oh, qué pronto le curaría una muestra de confianza y una palabra de aliento!

A ese corazón susceptible, demasiado delicado, que no se atreve a hacer nada, porque ha sido engañado o porque nos ha afligido, ¡oh, cómo volvería a acercarle y a darle la vida una palabra de afecto y una acogida benévola!

Para las enfermedades del corazón y del alma, toda la ciencia de los libros no vale lo que las normas de la madre que cuida por sí misma a su hijo: "solicitud, precauciones, esperanza en Dios".

¡Haced provisión de sonisas, de palabras dulces y hasta de ligeros halagos, los que habéis de conducir almas al cielo!

9º.- *Código de la amabilidad.* Las bases del Código de la amabilidad son bien sencillas. Obligarse a son-

reir habitualmente, para que la sonrisa de benevolencia se aclimate en los labios; basta para esto trabajar y orar bajo la mirada de Jesús Niño, que nos sonríe desde los brazos de su Madre. El Niño Jesús sonríe siempre, aun al alma culpable que se vuelve a Él.

A no de ir jamás no a una orden dada, o a una indicación de un superior, o a algún servicio que se nos pida.

A ahorrar a los demás todo el trabajo que nos sea posible, sin perjuicio de nuestros deberes.

A no manifestarse ni contrariado, ni corrido, ni descontento.

A reprimir, en cuanto lo advirtamos, todo gesto que indique impaciencia.

A buscar cada mañana delante de Dios el medio de agradar a tal persona con quien tenemos que vivir, a tal otra a quien tenemos ó que no nos es simpática.

A no mandar jamás a un inferior sin añadir una palabra de cortesía y de benevolencia.

A emplear siempre esas sencillas fórmulas de urbanidad, que sólo aprecen minuciosas a los corazones secos, duros y egoístas. A saber: "buenos días", a la mañana; "buenas noches", al fin del día; "gracias", a la menor muestra de atención; "tengas la bondad", o "si me hiciera el favor" a todo servicio pedido; el saludo amable, con una sonrisa, al menos, cada vez que nos encontremos con algún conocido.

A estudiar los gustos de aquellos con quien se vive y a satisfacerlos en la medida que nos sea posible. A no impugnar sus manías y a no poner de relieve sus extravagancias.

A no dar jamás un consejo ni hacer una recomendación sin ser dueño completamente de sí mismo y sin acompañar con buenas palabras las advertencias que pudieran lastimar.

A acusarse sencillamente cuando se comprende que no ha sido uno amable, y a aceptar con humildad las quejas que por ello se nos den.

10º.- *La indulgencia*. La indulgencia es más que la bondad; la supone, sin duda; pero añade a esta virtud una gran fuerza de carácter, un poderoso afecto y el hábito de vencerse; la indulgencia es hija de un alma pura.

No dispensar nada a los demás es con frecuencia una prueba de que se dispensa uno demasiado a sí mismo.

Ser indulgente es más que perdonar; es excusar, es buscar para todas las cosas una interpretación favorable; es, sobre todo, no manifestar jamás que tal o cual proceder nos ha lastimado.

Cuando uno es joven, no sabe ser indulgente, porque no ha comprendido bastante las debilidades humanas. ¡Oh si supieseis las luchas terribles que se libran en el alma de aquel amigo que os mortifica

con la viveza de su carácter, que os desespera con su ligereza, con sus faltas...! ¡Si le vieseis llorar, volverse contra sí mismo y quizá por vuestra causa, ¡cómo os compadecerías de él!.

Amadle, excusadle; pero no le déis a conocer que sabéis sus debilidades.

Hacer creer a uno que es bueno, es ayudarle, casi a pesar suyo, a hacerse bueno.

11º.- *Paz y Paciencia* ¿Es justo olvidar todo el bien que aquellos con quienes vivimos nos han hecho, por una pesadumbre que, muchas veces sin quererlo, nos han causado?

Mas el hombre desolado está naturalmente excitado y excitable. Por la menor cosa se irrita...; si tiene educación, lo hace con finura y con disimulo, indudablemente; pero con facilidad se percibe, en una cierta agitación de su rostro, que el fondo de su alma está turbado. Las contradicciones le encolerizan, las resistencias le irritan, el silencio le exaspera, la sumisión le pone nervioso...

"Me quejo –confesaba un alma de buena voluntad- de que me molestan, de que me dejan solo, de que hablan mucho o de que no me dicen nada... Semejante a una veleta vieja, gimo con todos los vientos. Lo que necesitaría es un poco de aceite para suavizar mis ruedas".

Pues bien: ponte de rodillas muy cerca del

Corazón de Jesús y dile con un profundo sentimiento de tu miseria: Jesús, dulce y humilde de corazón, tened piedad de mí; y sentirás caer esa gota de aceite que te devolverá la paz.

Cualidades de la paciencia para ser buena

La paciencia, según la Sagrada Escritura, la hemos de ejercitar con todos. *"Sufríos con paciencia unos a otros en la caridad"* (Ef. 4,2). *"Os lo rogamos hermanos, sed pacientes con todos"* (1 Tes. 5,14).

La paciencia produce una obra perfecta (Sant. 1,4). Pero para producir una obra perfecta, la paciencia debe: 1° sufrir los males con fuerza y perseverancia; 2° ser perfecta en su fin, es decir, sufrirlo todo por la fe de Jesucristo, por la justicia y la virtud; y 3° ir acompañada de las demás virtudes.

He aquí los principales deberes que debe llenar la paciencia para ser perfecta y meritoria: 1° perdonar al que ofende...; 2° hacerle bien, si la ocasión se presenta...; 3° recibir la prueba como un remedio excelente..., y 4° hacernos superiores a las injurias.

Como tenemos dicho, hay tres grados en la paciencia: el primero consiste en sufrir con resignación...; el segundo sufrir voluntariamente...; y el tercero en sufrir con alegría.

¿Por qué hemos de alegrarnos en las aflicciones?

1º Porque las aflicciones nos separan del siglo. Dios, dice S. Gregorio Magno, nos las envía para que no encontremos demasiado agradable el camino, y no lo prefiramos a nuestra patria, que es el cielo. San Agustín también nos lo dice así: "Las tribulaciones no dejan de pesar sobre el hombre, para que, viajero que se encamina a la patria, no prefiera un pobre establo a la casa que le espera".

2º Porque las aflicciones son la señal de la elección y de predestinación divinas... Es menester, dice Santo Tomás, sufrir con paciencia y alegría los golpes de Dios, a causa:

1) Del afecto que nos profesa el que nos hiere, según las palabras de los Proverbios: *"No desdeñes, hijo mío, la corrección de tu Dios; no te enojes que te corrija, porque al que el Señor ama le corrige, y aflige al hijo que le es más querido"* (3,11-12).

2) A causa de la conciencia de nuestra culpabilidad: "Habré de soportar la ira del Señor, porque pequé contra Él".

3) A causa de la esperanza de la recompensa: *"¡Bienaventurado el hombre que sufre las pruebas con paciencia, porque después de haber sido probado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a los que le aman!"* (Sant. 1).

4) A causa de la inutilidad de la murmuración: "¿Por qué, pues, ha de murmurar el viviente? ¡Quéjese más bien de sus pecados!" (Lam. 3,39).

Conclusión

Hemos de pedir a Dios la gracia de saber sufrir con paciencia y a este fin reconocer que Él ha sido el primero en sufrirlos a causa de nuestros muchos pecados y tener mucha paciencia y misericordia con nosotros... y Él es el que nos ha dado un ejemplo magnífico de paciencia en su Pasión...; ¡pues ante los que injustamente le acusaban, guardó silencio *–tacebat-*! y si contestó a los que le dieron la bofetada, lo hizo con aquellas palabras mesuradas: *"Si he hablado mal, demuestra en qué, y si bien ¿por qué me hieres?"*.

No hay duda de que el mejor medio para llegar a la práctica de la paciencia es pensar en la pasión de Jesucristo. Como dijo San Gregorio Magno: "No hay nada tan pesado que no pueda sufrirse con paciencia, si nos acordamos de la pasión de Jesucristo".

Cuando nuestra paciencia se vea puesta a prueba, exclamemos: Si he merecido esta cruz, la llevaré para satisfacer por mis pecados; si no la he merecido, la sufriré igualmente, a ejemplo de Jesucristo y de su santísima Madre: mi corona será así más hermosa.

Ante el que está irritado, callad, ceded, huid, sufrid con resignación.

Tengamos presente que para entrar en el reino de los cielos necesitamos: Padecer *con paciencia*: 1) pasar por la penalidad de muchas tribulaciones (Hech. 14,21). 2) Padecer con nuestro Señor Jesucristo para ser con Él, glorificados (Rom. 8,17). 3) Verdadera es la palabra: *Si padecemos con Él, también con Él viviremos, y si sufrimos con Él, con Él reinaremos* (eternamente) (2 Tim. 2,10)

Notemos que no basta sufrir, *sino sufrir con paciencia*. Desterremos de nosotros el pecado que nos asedia *"y por la paciencia corramos al combate que se nos ofrece"* (Heb. 12,1), procurando "perseverar en la virtud para ser coronados" (S. Crisóstomo). *"El que perseverare hasta el fin se salvará"*. (Mt..24,13).

La paciencia la hemos de mirar como *necesidad de medio* para cumplir la voluntad de Dios y así conseguir la promesa que nos ha hecho: *"Tenéis necesidad de paciencia para cumplir la voluntad de Dios, y así conseguir la promesa que Dios nos ha hecho"* (Heb. 10,36), y ¿qué promesa es esta? *"Esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna"* (Jn.2,25).

Pensemos que "cuanto nos toque sufrir en esta vida, es nada en comparación de la gloria que nos espera" si lo llevamos con paciencia. Y ante las pérdidas de bienes imitemos al Santo Job: *"Dios me lo dio, Dios me lo quitó, sea su nombre bendito"*.

¡Cuánto edifica a nuestros prójimos ante las contrariedades una conformidad resignada, sin quejas, con la voluntad de Dios! Tratemos de restar importancia a nuestros sufrimientos ofreciéndolos en satisfacción de nuestros pecados y de los ajenos.

INDICE

Presentación 3
NECESIDAD DE LA PACIENCIA 5
Paciencia infinita de Dios 7
Jesucristo, modelo de paciencia 9
Paciencia del Señor en la pasión 10
¿Cómo se manifiesta la impaciencia? 12
¿Cómo debe portarse el hombre paciente? .13
Necesidad de una profunda vida interior . .14
Con vuestra paciencia salvaréis
vuestras almas .16
El progreso interior y la vida apostólica . . .17
Excelencia de la paciencia 20
¿Por qué el justo no se turba ni se aflige? . .22
Ventajas de la paciencia 24
Bienes de la paciencia 26
Grados de la paciencia 27
¿Cómo se han de soportar los defectos
ajenos? 29

CONSIDERACIONES PRACTICAS 31
1.- El trato pacífico 31
2.- Antipatía vencida 32
3.- Hay que dar .33
4.- Para ser benigno 34
5.- La amabilidad 35
6.- El trato delicado 36
7.- El buen recibimiento 37
8.- Aceite y vino 38
9.- Código de la amabilidad 38
10.- La indulgencia 40
11.- Paz y paciencia 41
Cualidades de la paciencia 42
¿Por qué hemos de alegrarnos en las aflicciones? 43
Conclusiones 44